

EL DESTINO

¡No puede ser, maldito carro! Lleva fallando el motor desde hace un buen rato y se me muere ahora, aquí: en medio de la nada. ¡Aguanta! Este trasto viejo me va a dejar tirado en cualquier momento. Lo veo. ¡Mierda! Se paró. Joder, qué asco de vida. Por el tiempo que llevo en esta tormenta y en esta carretera de mierda, me queda un huevo hasta que aparezca una maldita casa con teléfono. Este camino es un asqueroso barrizal, ¡qué asco! Detrás de esa curva debería haber una casa. Seguramente vive un palurdo receloso que me recibe con una escopeta. Esta gente ignorante es violenta y no voy a ser bien recibido. Tengo barro cubriendo al zapato como una croqueta. Me voy a resbalar. No voy a conseguir hacer esa llamada. Lo veo. ¡Me cago en mi puta vida!

«Es preciosa, ¿verdad? Esa mirada superior y brillante, tan verde; ese saber estar, esa elegancia, ese pelo. Me encanta que se acurruque a mi lado y se deje acariciar. Me gusta sentir su ronroneo entre mis dedos. Misy y yo, estamos muy tristes desde que Milarr desapareció. Era la alegría de la casa. Echamos tanto de menos su energía. Cuando nos miramos, ambos sabemos que los dos sentimos que aún vive y que pronto volverá. Estamos atentos a las señales de la vida y el corazón nos late como siempre. Misy, cariño, ¿verdad que Milarr aparecerá muy pronto? Tengo tantas ganas de jugar. Déjame que sienta tu mirada y dime con tus ojos que tu corazoncito felino sabe que Milarr vive. Dímelo, cosa linda».

— Suena la campanilla, el viejo se levanta, va a la puerta, mira por la mirilla y ve a este pobre tipo embarrado que viene de allá donde su coche se le estropeó. Eso está comprobado, señor. Sigo: Se asusta y va a por su escopeta. Es lógico... (Silencio). Luego, lo que pasara entre ellos no lo sabemos porque no hemos podido hablar aún con el viejo. Al perrito destripado que llevaba este -señalándolo- debajo de la gabardina, le alcanzó una de las cinco balas que el viejo le ha metido en el cuerpo a este desdichado.

— Gracias, sargento. Avíseme cuando pueda decimos algo y, por favor, llévese a este gato de aquí.

— Gata, mi teniente. Lleva paseando entre las piernas de todos nosotros y evita al viejo. Es muy extraño. Seguro que vive aquí con el viejo y otro bicho que aún no hemos encontrado. Hay dos comederos en la cocina, señor.

— Gracias sargento. Déjeme solo.

José A. Secas

UN CLAVEL EN LA SOLAPA

Llegaba tarde a su primera cita a ciegas. No podía ser que aquella inoportuna tormenta fuera a truncar la tarde que se prometía tan dichosa. Miró el reloj nervioso y se retocó el clavel rojo que lucía en su chaqueta de lino beige. El tiempo corría en su contra mientras la lluvia hacía que tuviera que aminorar la marcha. Más adelante, creyó oportuno girar el volante e internarse por un camino que cruzaba un pequeño bosque y que reducía considerablemente la distancia al pueblo donde tendría lugar el enigmático encuentro.

Arreció la tormenta exhibiendo poderosa un festival pirotécnico de truenos y relámpagos. La tierra se convirtió en un lodazal espeso y pegajoso que atrapó, sin remedio, las ruedas de su utilitario. Desesperado, abandonó el coche y siguió a pie la senda. Unos metros más allá, el bosque se abría a una explanada en la que se erguía una modesta casa con las luces del porche encendidas.

El hombre se dirigió hacia ella aferrándose a la esperanza de que allí le prestarían ayuda. En el portal iluminado, una mujer permanecía de pie sujetando un paraguas. En la solapa de su gabardina llevaba prendido un hermoso clavel rojo.

María J. Llanos.

LOS HOMBRES NO TIENEN MIEDO

Con la tormenta se me ha hecho tarde. Tengo que acelerar si quiero llegar al encendido de las hogueras. Es la mejor fiesta del año. Hoy no hay luna, todo está oscuro y será una noche fantástica. Los mozos con nuestros disfraces y las caras bien tiznadas asustaremos a las muchachas del pueblo.

No hay nada más divertido que verlas correr con esas caras de pánico cuando salimos a su encuentro detrás de una esquina. No debería ser para tanto, pero son tan miedosas....

¿Qué pasa? El coche se ha parado. Cuanto más acelero más se hunde en el barro....
Nada, imposible. ¿Qué hago ahora?
¡Menos mal! Ahí delante hay una casa. Voy a pedir ayuda.

Es una casa rara. Según voy acercándome, cada vez me recuerda más a la casa de la Bruja de cuento. Y se ven sombras por la ventana. No puedo llamar. ¡Es la casa de la Bruja!

Pensándolo bien, ¿Cómo voy a molestar a una anciana?

Vuelvo sobre mis pasos a toda prisa. Tropezco y caigo en el barro. Estoy empapado, tiritando de frío. Sigo corriendo hacia el coche. Cuando entro cierro bien las puertas.

Mi coche es un sitio estupendo para pasar la noche.

María Lázaro

LA ACOGIDA

Había conseguido cruzar la frontera con México. Dejó a un lado El Paso y Ciudad Juárez. Dejó atrás el desierto. El dolor del vientre parecía haberse aliviado bastante y la cura que él mismo se había realizado después del tiroteo había detenido algo la hemorragia, al menos eso le parecía.

Entró en una zona boscosa. Se había levantado una tormenta con un fuerte aparato de rayos y truenos, acompañada de un aguacero que le obligó a dejar la carretera e internarse por un camino apartado y solitario. A los pocos metros, el vehículo se introdujo en un socavón tapado por el agua, quedando atascado y sin posibilidad de liberarlo sin ayuda.

A poca distancia pudo vislumbrar una casita de aspecto humilde, donde solo se veía una luz tenue a través de una de las dos ventanas que tenía. Se dirigió hacia allí con paso cansino, la pérdida de sangre le había debilitado quizás más de lo que pensaba a lo largo de la huida.

Llamó a la puerta. Nadie contestó. Estaba abierta y entró con sigilo y pistola en mano, en su situación no podía fiarse de nadie. La casa tenía un saloncito con una cama en un rincón, una cocina en el contrario y un servicio pequeño. Estaba vacía; pero había una sola bombilla encendida colgando del techo. Cerró la puerta, se tendió en la cama y se quedó dormido.

No supo el tiempo que estuvo así. Al despertar, una extraña mujer, de rostro joven y bellissimo estaba sentada a su lado, llevaba una túnica que solo dejaba al descubierto su cara y en la cabeza portaba una extraña corona. Miró al frente y la vio retratada en la pared, en un cuadro antiguo, debajo del cual, en un rótulo ponía “Santa Muerte”. Colocó las manos sobre la frente del hombre y este cerró los ojos.

La policía mexicana, alertada por la DEA estadounidense, encontró el coche al día siguiente. Entró en la casa y halló sobre la cama el cadáver del fugitivo. La mujer había desaparecido y en el cuadro, la Santa Muerte sonreía complacida.

Vicente Rodríguez Lázaro

FIN DE SEMANA

No estamos en invierno, ni siquiera es otoño, es verano, mitad de verano, así que no comprendo cómo puede haber caído esta tromba de agua, sin duda el destino está dirigiendo mis pasos: tarde soleada, coche nuevo, destino decidido y heme aquí, lleno de barro. Julia me estará esperando. «Al atardecer llegaré», le dije. Ya será imposible. Un fin de semana perfecto: el mar, la música, ella. Y ahora pisando los charcos, empapado, subiendo hacia esa cabaña y cubriéndome de la lluvia con un periódico. ¿Y esas manchas en el suelo? Parecen rojas y húmedas.

—¿Hay alguien? Pregunto. —Me he quedado atascado en el camino.

No pienso que estas cosas pasen realmente, solo en las películas, pero cuando me siento en la única silla, mis ojos aciertan a leer un titular del periódico: «INTENSA BÚSQUEDA DE JOSE MARÍA REQUENA alias “*Cacho carne*”. Peligroso asesino y depredador sexual. En su huida ha asesinado a dos policías y herido gravemente a otro. Se le busca intensamente. Está herido y va armado».

Ángel R.G.

«¿Cómo sacar un coche del barro? ¡Siete trucos infalibles!» era el título de la página web que llevaba cargando quince minutos en su *smartphone*; quince minutos en los que ni un alma había cruzado aquel camino sin asfaltar que el temporal del día anterior había convertido en un lodazal inexpugnable. Resignado, hundiendo los pies en un denso barro que le llegaba por los tobillos, emprendió el camino hacia lo que le pareció un tímido tejado que asomaba sobre los árboles cercanos, único atisbo de civilización a la vista.

Jadeante, llamó al timbre y esperó en el porche de la solitaria casa de estilo colonial, pensando la mejor forma de abordar al inquilino. Sin embargo, cuando la puerta se abrió, no pudo articular palabra. Paralizado, boqueando, contempló a un somnoliento hombre en pijama y reconoció su propio rostro tras una barba desaliñada. El misterioso hombre, que le había recibido con un «¿Sí...?» y un gran bostezo, tardó unos segundos más en reaccionar. Se frotó los ojos y lo miró de arriba abajo, con genuina sorpresa, perdido en lo que le pareció su propio reflejo. Fue finalmente el visitante —que no había podido evitar sacar a flote el lejano recuerdo de sus padres confesándole que era adoptado—, quien rompió el incómodo silencio que había envuelto aquel duelo de miradas.

— Quería saber si alguien podía ayudarme con el coche, pero... la verdad es que ahora tengo otras preguntas.

Princesa de Biblioteca

JUGUETES

La lluvia acababa de cesar cuando me vi atrapado, intenté recular, pero solo conseguí que las ruedas traseras del coche se quedaran aún más atascadas en el barro. Solté varias maldiciones mientras golpeaba el volante con furia. Finalmente, decidí abandonar el vehículo, la noche se avecinaba fría.

Caminé sin saber a dónde me dirigía, internándome cada vez más en ese extenso bosque de pinos donde la quietud lo dominaba todo. Llevaba cerca de una hora caminando cuando encontré una casita en medio de un claro. La casa estaba rodeada por toda clase de muñecos, mientras avanzaba hacia la puerta de la entrada me sorprendí al notar que todos estaban destrozados.

Subí los tres escalones del porche y choqué la aldaba de la puerta tres veces contra la madera. Nada, ni un solo ruido. Me volví abatido, con intención de marcharme cuando la puerta se entreabrió un poco. Me giré. Un niño de apenas cinco años me miraba desde abajo, sus enormes ojos marrones curioseaban a lo largo de mi vestimenta elegante. La puerta se abrió un poco más.

El niño me invitó a pasar mientras yo no dejaba de preguntarle sobre sus padres, él no hablaba. Cerró la puerta tras de mí con un sonoro golpe, una ráfaga de viento gélido me golpeó la cara, sentí escalofríos.

Miré de nuevo al niño, que me seguía observando con ojos desorbitados, me agaché a su altura, intentando hablar con él. En cuanto estuve a su alcancé, sus diminutas manos se cernieron en torno a las solapas de mi chaqueta, su rostro infantil se contrajo en una mueca divertida.

–Seguro que serás el mejor juguete que he tenido nunca –exclamó, con voz gruesa.

Marta López Castaño.

UN LUGAR EN NINGUNA PARTE

El día está desapacible para ser junio. Nubarrones negros acechan a Adrián cuando su coche avanza por la autovía. Los limpiaparabrisas se afanan en hacer su trabajo cuando toma la desviación que le indicó Elena.

La carretera se estrecha. El camino se vuelve sinuoso. La densa arboleda parece que quiere atrapar al automóvil. El firme va haciéndose cada vez menos firme... por fin, se convierte en un camino de piedras... con esta lluvia... ¿Podría volverse peor?

Ayer por la mañana, cuando Elena le comentó que probablemente, la solución para sus problemas estaría en una entrevista a uno de los máximos responsables del país, creyó ver el cielo abierto. Pero ahora, entre tanta lluvia y tanta humedad, se pregunta que a dónde demonios va.

Hoy cumple 30 años. Debería estar celebrándolo con los amigos. Debería estar brindando y disfrutando de la vida. Y ahí va. En medio de ninguna parte, en busca de una noticia que le haga regresar al candelero de la información.

El camino se vuelve más complicado y solitario. El agua está haciendo estragos, y el barro comienza a llenarlo todo.

Adrián conduce con prudencia. Agobiado por las circunstancias, pero poco a poco, la ruta se vuelve intransitable. De pronto, el coche no puede más, y sus ruedas quedan atoradas en un inmenso barrizal.

Su teléfono no tiene cobertura, pero allá a lo lejos, se ve una pequeña luz... ¿habrá una mínima esperanza? Sale del coche y comienza a caminar hacia ese faro en la negrura de la noche que no llega, pero que le alcanza.

Maldiciendo en su interior, empapado hasta los tuétanos Adrián vislumbra lo que puede ser el final de su problema. O el principio. Pues esa casa en medio de la nada no le inspira confianza. Pero ¿Tiene alternativa?

Con sus sentidos alertas se dirige hasta esa mansión que ahora parece siniestra...

Llama al timbre. Silencio. Solo se oyen los latidos de su corazón y el rumor persistente de la lluvia. Pero hay luz y él está atascado. Vuelve a llamar, y entonces se da cuenta de que la puerta no está cerrada. La empuja y entra... «¿Hay alguien en casa?» no sabe qué hacer, pero no hay otra alternativa. Camina alerta y decidido. Todo está oscuro. Abre la siguiente puerta y... SORPRESA... la habitación se ilumina. Sus amigos le rodean... ¡feliz 30 cumpleaños!

Elena, al fondo, le mira y le sonrío. Todo está bien.

Concha Ibáñez Montero

La noche es oscura. Mientras conduce, Luis, aferrado firmemente al volante, piensa que debió hacer caso a las recomendaciones de su madre:

—Mejor espera que pase la tormenta.

De vez en cuando el cielo se ilumina por completo tras el estallido de un relámpago zigzagueante. Deslumbrado por momentos, descubre que no reconoce nada del camino que está siguiendo. Ni siquiera el GPS le aporta información, hace rato se quedó pillado en algún punto lejano de la carretera.

Un tirón en la dirección le asusta. Acelera y escucha el patinar de las ruedas que han quedado atrapadas en un bache. Para el motor y acciona la señalización de avería.

Al bajar del vehículo ve, a poca distancia, unas luces que parecen ser de una vivienda

«Presencia humana, bien...», piensa.

Corre hacia la casa azotado por la lluvia inmisericorde que le barre la cara.

Por fin llega al porche. Suavemente pulsa el botón del timbre. En el vano de la puerta aparece una mujer de edad indefinida.

—Buenas noches, señora.

—¿Buenas noches? Está usted de broma, ¿no? Menuda noche de perros.

—Tiene usted razón—, dice Luis. —Mire, mi coche se quedó atascado en la carretera. No tengo batería en el móvil. ¿Sería tan amable de prestarme un teléfono para poder llamar a la grúa?

—No es necesario llamar a nadie—, le contesta. Tras la puerta accede a una caja con llaves que hace tintinear. —No se preocupe. Soy la conductora de la grúa del pueblo. Usted ya es el tercero de esta noche. Cojo la linterna y vamos para allá.

Luis no había reparado en su atuendo: mono azul abotonado hasta el cuello, botas de agua y una gorra con las iniciales New York bordadas en plata.

Se dirigen a la cochera donde guarda el camión. Arranca y, transcurrida media hora, sigue su camino hacia Cáceres.

Definitivamente fue su noche de suerte.

Maribel González

EN LA NOCHE

No sabía cómo había llegado hasta allí. Quizá en algún momento me quedé dormido conduciendo, pero el caso es que me encontraba en medio de la nada con el coche atascado en el barro.

El móvil no tenía cobertura, y la cabeza me dolía tanto que parecía que me iba a estallar. ¿En qué momento me desvíe de la nacional?

A tenor de los acontecimientos, mi única opción pasaba por intentar pedir ayuda en una casa cercana que tenía la luz encendida.

La tormenta arreciaba, pero salí del coche y me dirigí a la casa. Toqué el timbre dos veces, pero no hubo respuesta. Dentro de la casa reinaba el silencio, pero la luz seguía encendida, por lo que decidí llamar tocando directamente a la puerta, que se abrió lentamente, mostrando un salón levemente iluminado, sin apenas muebles, y con una niña pequeña mirando al suelo en el centro de la estancia.

— ¿Hola? — le dije con voz entrecortada por el frío y el miedo.

La niña, que vestía un camisón viejo y raído, permaneció en silencio.

— ¿Estás sola? ¿Dónde está tu madre?

La niña levantó la cabeza y me miró. Su cara apenas se mostraba, oculta entre los pelos, y su boca estaba cubierta de sangre.

En ese momento quise irme, quise salir corriendo, pero el miedo, o algo aún peor, me mantuvo inmóvil.

La niña levantó el brazo y señaló algo detrás de mí.

Intenté mirar atrás, pero ya fue tarde. Su brazo helado atravesó mi espalda y me arrancó el corazón.

Aún agonizaba en el suelo mientras se lo entregaba a la niña para alimentarla.

Después absorbió mi alma y regresó a la curva donde cada noche aguarda a las alma perdidas.

Alfonso Carabias Antúnez

ORIGEN

El hombre avanza por el camino embarrado para buscar ayuda. Ha tenido que bajarse del coche, que se ha quedado atascado. Muy cerca divisa una casa solitaria que parece habitada. Hacia allí dirige sus pasos y sus esperanzas. Llama a la puerta. Hay algo en el entorno que le resulta inquietante y a la vez familiar.

—Te estaba esperando —le dice el anciano que le abre invitándole a pasar con una sonrisa.

—Muchas gracias —le responde mientras entra con cierto reparo. Le parece que el viejo no está muy bien de la cabeza.

—Siéntate aquí, junto a la chimenea. Así irás entrando en calor. Voy a buscarte ropa seca, seguro que tengo algo de tu talla.

El hombre se queda solo en el enorme salón, a la luz del fuego. Entonces distingue una fotografía sobre una mesita. Se reconoce en el rostro del joven de mirada profunda y recuerda perfectamente el momento: el día de su graduación. El desconcierto inicial se transforma en sosiego. Lo acaba de comprender todo. Sabe que está en el sitio adecuado y en la mejor compañía.

Víctor M. Jiménez Andrada

Se ensañó con la rueda pinchada de su Škoda blanco, ahora salpicado de barro hasta el techo por el barrizal en que se había convertido el camino que iba desde la casa a la carretera comarcal. Le daba patadas al neumático como si *él* tuviera la culpa de algo. Era el peor momento, en muchos sentidos, para hacer un maldito cambio de rueda. La fuerte tormenta de agua que se había desencadenado en poco rato lo había empapado hasta los gayumbos. En medio del campo y casi anochecido, se planteó llamar a la grúa, o incluso a Fede, su mejor amigo, al que imaginó de *relajeo* en su sofá viendo la tele. El que conteste antes, —pensó. Cualquier cosa antes de desandar el camino y volver a esa casa que ahora tenía a escasos cien metros de su espalda en donde Paquita había rechazado su oferta de matrimonio y conminado a no volver nunca más por allí.

Ángela Velasco Bello

NOCHE AMARGA

Raúl quedó en reunirse con su hijo. En el camino, le sorprendió una tormenta que le impidió avanzar hasta que el coche se paró, y desde el mismo observó que no muy lejos se veía una luz.

Después de una lucha feroz contra el barro llegó a la casa.

Los ladridos del perro alertaron a la joven dueña que le esperó en la puerta invitándole a entrar.

Él le explicó su odisea hasta llegar allí. Le confesó que no tenía medios para seguir, por lo que ella sugirió compartir su cena.

Al terminar, sentados frente al fuego, Marina, con su timbre de voz dulce y sonora, le fue contando lo feliz que había sido en su matrimonio hasta que una noche su marido se marchó y unos jabalíes lo mataron. El resto de su vida fue rondando alrededor de la soledad. Una soledad que sus labios enumeraron con cada historia que relató sin tristeza, a pesar del sufrimiento.

De esa manera transcurrió la noche entre las historia de ambos.

A la mañana siguiente, Raúl puso los pies en la tierra y se despidió de ella con un “hasta pronto”.

Joaquina Campón